

I

Mis puños permanecieron cerrados cuando contemplé tan humillante imagen, la cual había conseguido superar todo cuanto podía haberme hecho padecer durante miles de años... Era algo denigrante, deshonroso, lleno de perfidia... El sonido a traición aún crepitaba en mis oídos de forma continuada, como si estuviera sometido a un castigo por un error que nunca creí cometer.

Pasadas varias horas desde lo acaecido, descarté una enfurecida y precipitada búsqueda contra ellos... no era nuestra manera de proceder. No obstante, examinando aquel lugar sagrado desde las alturas, conseguí mediante el calmoso canto gregoriano poder relajar la ira que me invadía, pues estaba a punto de volver a sentirme, a probarme, pero esta vez con un doble designio.

Caí desde el techo al centro de aquella pequeña iglesia de madera barnizada y lujosos adornos. Interrumpí la misa nocturna con alevosía. Mi presencia causó un gran revuelo. Mis hermanos me acompañaron, sellando las puertas de salida.

Recorrí con aire de superioridad el estrecho pasillo que separaba las filas de bancos. Un ligero murmullo puso melodía a mis pasos sobre la alfombra y dio paso a ruidos desgarradores, descarnados... sangre, arañazos, ¡gritos! Humanos que sucumbían de puro pavor. El suelo resbalaba debido los fluidos que manaban de sus cuerpos. Las paredes empapeladas en color verde, repletas de figuras ortodoxas, se tiñeron de rojo vivo.

¡Seres diabólicos!, nos llamó el pope que murió abierto en canal sobre su altar a manos de Gienah Gurab. Yo aterraba a todos los que me rodeaban, arrastrando a mis víctimas moribundas mientras decidía quién sería la próxima... recreándome en mi propia sombra.

Aun así, no olvido a la desleal y al impuro. Huir no les sirve de nada, salvo para obsequiar con minutos a que nuestra sed por sus muertes se haga más poderosa. Sé que en sus mentes se refleja una y otra vez cómo será su fenecer entre mis manos.

Esto no es un aviso, sino una sentencia.

II

Horas antes... un 24 de diciembre.

Respiraba el gélido viento de una mañana que parecía llegar con lentitud. Aunque de espaldas, podía sentir cómo Ziris me seguía incansable con su mirada. Eché un vistazo hacia arriba intentando contemplar el cielo, pero la tupida flora que nos cobijaba me lo impedía.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En lo más bajo de la garganta de Bicaz, en una pequeña extensión de terreno de forma triangular que está en el interior del cañón. Tenemos la carretera muy cerca.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora? —dije, contrariado y abriendo los brazos.

—Nuestra prioridad debe ser alejarnos de aquí aprovechando el día.

—¿Hacia dónde? Si tus... —buscaba una palabra adecuada para denominarlos, pero sin demasiado éxito— *hermanos* pueden localizarnos sin apenas trabajo. ¡Dios! Esto parece una pesadilla.

—Por eso mismo Aeviternus. Mientras más lejos estemos, más complicado será que nos encuentren.

—No me llamo Aeviternus, ¿entiendes? Mi nombre es Corvus, y seguiré siéndolo.

—Mientras antes aceptes el presente, más fácil será que nos mantengamos con vida. Comprendo tu desconcierto, y estoy dispuesta a ayudarte.

—¡Ufff! —resoplé—. Bien, he de dar por hecho que los vampiros existen, he de dar por hecho que son tan malvados como se les pinta en la literatura, y que precisamente tengo a una vampiresa delante de mis narices.

El rostro de Ziris adquirió un tono mucho más serio.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso para huir de aquí y...

—Quiero respuestas —le interrumpí—. Las necesito. ¿Por qué me has salvado? ¿Por qué tienes ahora tanto miedo?

—Ya oíste mi conversación con Erus. No podía permitir que volviésemos a cometer el mismo error. La *Bellum* fue el mayor horror al que nos llevó nuestra inconsciencia, y lo pagamos muy caro. Perdimos todo aquello que habíamos construido durante siglos y siglos. Si hubiera acabado con tu existencia, hubiéramos fallado igual —dijo muy segura de sí misma.

—No — respondí moviendo la cabeza—. Debe haber algo más... una muerte no es una guerra, ni tampoco soy como vosotros. Soy un desconocido para todos, incluso para mí.

Ella aprovechó para dar unos pasos. Sus ojos anaranjados llamaban mi atención de forma inusual.

—Deberías preocuparte por el presente y dejar el pasado. Te he salvado la vida y me gustaría que no fuera en vano.

—¡Pues si no quieres que lo sea, dame un maldito motivo para que la defienda! —le increpé.

—Mi unión con Hiems iba más allá de la fraternidad. Era mi protector, una especie de ayo que con el tiempo se ganó mi más sincero respeto, y supongo que algo parecido a lo que los humanos llaman afecto. Me enseñó todo lo que sé y me protegió cuando tuve que enfrentarme a enemigos superiores.

Después llegó la oblación y tuve que aceptar que él fuera quien sacrificara su vida por nosotros. Esperaba su regreso con ansia. Matarte era acabar con lo quedaba de él, y el peor pago por su sacrificio. ¡No lo hice por ti, lo hice por mí!

Juraría que pude ver signos de aflicción en su rostro, pero dudaba hasta de las cosas que podía deducir.

—¿Qué nos espera?

—Ni yo misma podría responderte con certeza. Nada bueno, es lo único que tengo claro. Seremos sus objetivos; tú por ser quien eres, yo por traicionarlos.

—¿Y si volvieras?

—Eso es una estupidez. Me obligarían a buscarte sin descanso para hacer lo que no hice y una vez resuelto, harían lo propio conmigo por la muerte de Veles. Mi sitio ya no está con ellos. Tendremos que unir fuerzas y salir adelante juntos.

—Antes quiero saber...

—¡No! Ahora colaborarás dando los primeros pasos para salir de aquí. Te demostré que puedes confiar en mí, pero tú aún no me has demostrado nada. Sin ti estoy atrapada en este bosque. Ve a buscar una furgoneta y vayámonos. Tienes mi promesa de que si cumples, te contaré cuanto desees.

Aquella chica dulce que me sacó de las garras de un monstruo, se había convertido en alguien más defensiva y nerviosa. Ambas actitudes me intranquilizaban, puesto que por mucho que me hubiera salvado la vida, seguía siendo una desconocida que pertenecía a un clan de viles asesinos, y lo que era tanto o más preocupante: si su nerviosismo era fruto del temor a que éstos cayeran sobre nosotros, debería empezar a preocuparme.

—Está bien, dime en qué dirección he de ir para encontrar la carretera.

—Si sigues recto, en unos minutos habrás salido de la maleza.